

Jordi Llovet

Mis maestros

Un homenaje



Galaxia Gutenberg

Jordi Llovet

Mis maestros

Un homenaje

Traducción de
Lucas Villavecchia

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Institut Ramon Llull

Título de la edición original: *Els mestres*
Traducción del catalán: Lucas Villavecchia

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2022

© Jordi Llovet, 2022
© de la traducción: Lucas Villavecchia, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 11830-2021
ISBN: 978-84-18218-54-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Ignacio Echevarría y Andreu Jaume

Prefacio

ché ‘n la mente m’è fitta, e or m’accora,
la cara e buona imagine paterna
di voi quando nel mondo ad ora ad ora
m’insegnavate come l’uom s’eterna

Inf., XV, 82-85

Este libro es un homenaje a cinco de mis maestros, aquellos a los que más quise y que más cosas me enseñaron, no solo en el sentido del saber sino también en el de aprender a enseñar –que ha sido mi principal oficio– y a vivir rectamente.

En estas páginas aparecen, ordenados según su año de nacimiento, Miquel Batllori, José Manuel Blecua, Martín de Riquer, José María Valverde y Antoni Comas. A lo largo de mi vida universitaria –la de estudiante y la de profesor– contraje una deuda no menor con otros grandes profesores y maestros, pero no sé tanto de su vida o los traté menos. En este sentido, en el presente libro podrían figurar igualmente Emilio Lledó –que me enseñó a

filosofar, es decir, a pensar racionalmente sobre las cosas, y me introdujo en el pensamiento de Platón, de Heidegger y de Gadamer–, Francesc Gomà –que fue el mejor profesor de filosofía de su generación en nuestra universidad–, Antonio Vilanova –que fue mi director de tesis, junto con Julia Kristeva, de la Universidad Paris VII–, Xavier Rubert de Ventós –el profesor que me ofreció mi primera plaza de profesor universitario–, o Lluís Izquierdo –que me hizo amar la literatura de Kafka, escritor al que he dedicado buena parte de mis escasas investigaciones–; o profesores de la secundaria, como Ramon Fuster i Rabés, mi profesor de latín en la escuela Virtèlia (un derivado de la palabra latina *uirtus*, topónimo que aparece en *El Criticón*, de Baltasar Gracián), uno de los grandes maestros de maestros del país, o Carles Miralles, que siempre fue mi tutor y consejero en materia de estudios clásicos. La lista podría ser más larga, toda vez que durante mi vida de estudiante y de profesor, también ahora, aunque ya hace tiempo que soy un catedrático jubilado de la Universidad de Barcelona, no he dejado de acercarme a las personas que podían enseñarme algo o con las que pudiese practicar el arte del diálogo y de la conversación, verdaderas e insustituibles herramientas en la forja de la ciudadanía y de la sociedad según los humanistas.

Los cinco maestros a los que dedico sendos capítulos de este libro ya están muertos; uno, Antoni Comas, muy prematuramente, y otro, José María Valverde, demasiado pronto: yo mismo he vivido

ya más años que ellos dos, lo cual me parece de todo punto injusto si nos atenemos al orden de la corrección sapiencial, pues ambos fueron un dechado de virtud, sabiduría y bondad. Solo José Manuel Blecuá fue profesor mío en el sentido estricto de la palabra; los otros cuatro lo fueron en el sentido más amplio de la expresión, que, de hecho, es el que más me importa: colegas o profesores de mi universidad y de otros centros académicos, con los que trabé una estrecha amistad y que me enseñaron todo lo que no suele aprenderse en un aula.

En cada capítulo espigaré reflexiones sobre el arte de enseñar, sobre las virtudes que a mi juicio debe tener un maestro, sobre la comunidad universitaria –aunque ya dedicaqué un libro entero a este asunto–, o, de nuevo, sobre mi concepción de las humanidades y del lugar que deberían ocupar en el sistema universitario, tanto aquí como en el extranjero. Me tomo muy en serio el consejo que Carles Miralles dio a su hija cuando esta le dijo que quería estudiar Filología Catalana: «Hija, haz una carrera que sirva para algo, como la de Clásicas». Dicho sea con todo mi respeto hacia la buena catalanística.

Al final del libro he incluido un epílogo elegíaco –estado de ánimo al que soy propenso por carácter– en el que comparo la relación que yo y muchos compañeros de generación todavía tuvimos con nuestros maestros y profesores, con la que ahora tienen las nuevas generaciones de profesores y de alumnos –una relación que acaso sea nula, o no tan

provechosa como la que yo conocí. La razón principal por la que dejé la universidad diez años antes de lo que me correspondía tiene que ver con este cambio, es decir, con el fenómeno que analizaré en el epílogo: la desaparición de la *auctoritas* —o autoridad intelectual y moral de los maestros de cierta edad—, la renuncia de las nuevas hornadas de profesores a aceptar que nadie ostente cualquier tipo de *imperium*, y el fin de la vida universitaria tal como yo aún la conocí, es decir, en el sentido de cofradía sabia y dialogante, incardinada en la vida social de su ciudad y del país, y dedicada a algo más que a la transmisión de saberes archivados.

Como también es natural en mí, no me he privado de referir todas las anécdotas que recuerdo relativas a mi relación universitaria y extrauniversitaria con los cinco maestros que he nombrado más arriba, ya que otorgo a la anécdota un valor muy sustancial tanto en el arte de la biografía como en el de la narración histórica, siempre que lo que se presenta como anécdota aconteciera realmente. Debo aclarar que este libro no es la suma de cinco biografías, que ya han sido escritas o que alguien escribirá algún día con más competencia que yo: son cinco retratos personales de mis mejores maestros, hechos a partir de nuestras horas compartidas.

Este libro no está sembrado de citas de autoridad, como sí lo estaba el que escribí sobre la universidad y la crisis de las humanidades, pero el lector encontrará algunas, que espero que sepa dis-

culpar. Podría haberme ahorrado algunos chismes, pero hacen que el libro resulte más ameno y agradable, y por ello no me he privado de referirlos, preservando siempre el bello recuerdo que guardo de las cinco personas que constituyen la materia –y el espíritu– de este pequeño libro.